



## PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

AÑO XLI.

MADRID, 6 DE NOVIEMBRE DE 1882.

NÚM. 41.

### SUMARIO.

1. Traje de calle.—2. Traje de recibir.—3 y 4. Dos bordados de guipur sobre red.—5 y 6. Taburete largo.—7. Cenefa para pañuelos.—8. Cuello Luis XIII.—9. Cuello de encaje Renacimiento.—10 y 11. Bata elegante.—12 y 25. Vestido de raso y felpa.—13 y 15. Vestido de paño.—14. Vestido de velo.—16. Vestido de faya y raso.—17. Vestido de velo y raso.—18 y 19. Vestido de paño.—20 y 21. Vestido de lanilla escocesa.—22. Vestido de paño angola.—23. Corpiño de raso con dibujos de terciopelo.—24. Chaqué de paño bordado de trencilla.—26. Vestido de reps de seda.—27 á 35. Trajes para niñas y niños.

Explicación de los grabados.—Las alas rotas, poemita en prosa á la Srta. D.<sup>a</sup> Fernanda Aguilar (conclusión), por D. José Ramon Mérida.—Salones, teatros y modas, por Taline.—Poesías: La Transverberación del corazón de Santa Teresa de Jesús, por D.<sup>a</sup> Josefa Estevez de G. del Canto; El tercer Centenario de Santa Teresa de Jesús, por D. Fernando Araujo.—Correspondencia parisiense, por X. X.—Explicación del figurin iluminado.—Suelos.—Salto de Caballo.

#### Traje de calle.—Núm. 1.

Vestido de lanilla azul y raso *radamés* del mismo color. Falda con volantes de raso plegados, alternando con tres delanteros redondos y respunteados de lanilla. Tira ancha bordada en los costados. Por detrás, un paño grande plegado y un lazo grande de raso. Corpiño de lana alto y terminado en punta.

#### Traje de recibir.—Núm. 2.

De raso color de núa y vigoña bordada de color más claro. Falda con tablas anchas triples. El borde inferior va adornado con tres volantitos. Túnica y corpiño de vigoña. La túnica corta va ribeteada de un encaje *ficelle*. El corpiño, en punta, se abre formando solapas de encaje *ficelle* sobre un camisolín de raso plegado. Lazo grande en el lado izquierdo, con largas caídas anudadas en sus extremos.

#### Dos bordados de guipur sobre red.—Núms. 3 y 4.

Estos dos bordados representan, uno de ellos (dibujo 3), el bordado del fondo de una cabecera, y el otro (dibujo 4), la cenefa que rodea la cabecera. Se les ejecuta sobre red ó malla recta con hilo de mediano grueso, al punto de lienzo, punto de zurcido y punto de espiritu.

#### Taburete largo.—Núms. 5 y 6.

Es de nogal tallado, con adornos dorados. La parte de encima va cubierta de una tira hecha de tapicería, al medio punto (véase el dibujo 6), y que va terminada en unas tiras de felpa color de aceituna oscuro. Se forran estas tiras de una tela de lana color de aceituna,

na, y se adornan los bordes trasversales con un fleco de bolas de 16 centímetros de ancho. Los lados largos de la tira van adornados con un cordón grueso de seda.

#### Cenefa para pañuelos.—Núm. 7.

Para ejecutar esta cenefa se pasan sobre hule los contornos del dibujo, y se cose, siguiendo los contornos, un galoncillo igual al del encaje inglés. Los puntos de unión del galoncillo van fijados uno sobre otro con varias puntadas hechas con hilo fino. Se llenan los cuadros formados de este modo con hebras lanzadas y ruedas. El contorno de la cenefa va terminado en piquillos tejidos. Se aplica luego esta cenefa, como indica el dibujo, sobre batista ó linón fino, y se la fija con puntos de foston.

#### Cuello Luis XIII.—Núm. 8.

Es de encaje de Luynes, y forma sobre el corpiño unos pliegues levantados por medio de un bullón de *surah*. Chorrera de encaje de Luynes.

#### Cuello de encaje Renacimiento.—Núm. 9.

En torno del escote va una banda de gasa huri, que termina en un lazo grande abierto en forma de corazón.

#### Bata elegante.—Núms. 10 y 11.

Este elegante *deshabillé* es de seda negra y seda azul claro. La espalda es semi-ajustada en los lados; en medio, cerca del cuello, ya puesto un paño fruncido hasta los hombros, de donde cae en pliegues, que se abren para formar la cola. El centro del delantero es de seda azul plegada y va guarnecido con lazos grandes. Las mangas, muy anchas, son de seda negra en la parte superior y de encaje plegado en la inferior, donde las termina un volante de encaje y una cinta anudada.

#### Vestido de raso y felpa.—Núms. 12 y 25.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IV, figs. 20 á 32 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

#### Vestido de paño.—Núms. 13 y 15.

Véase la explicación en el recto de la *Hoja-Suplemento*.

#### Vestido de velo.—Núm. 14.

Véase la explicación en el recto de la *Hoja-Suplemento*.

#### Vestido de faya y raso.—Núm. 16.

Véase la explicación en el recto de la *Hoja-Suplemento*.

#### Vestido de velo y raso.—Núm. 17.

Véase la explicación en el recto de la *Hoja-Suplemento*.

#### Vestido de paño.—Núms. 18 y 19.

Véase la explicación en el recto de la *Hoja-Suplemento*.

#### Vestido de lanilla escocesa.—Núms. 20 y 21.

Véase la explicación en el recto de la *Hoja-Suplemento*.

#### Vestido de paño Angola.—Núm. 22.

Véase la explicación en el recto de la *Hoja-Suplemento*.



1.—Traje de calle.

2.—Traje de recibir.



## PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

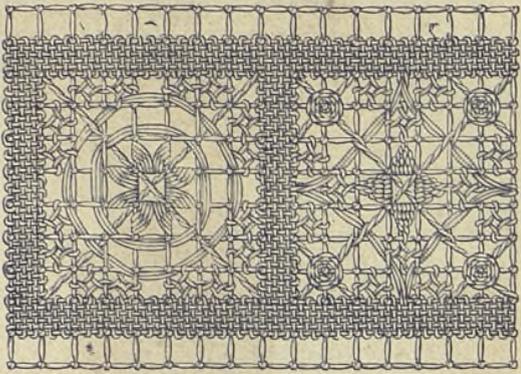
Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal

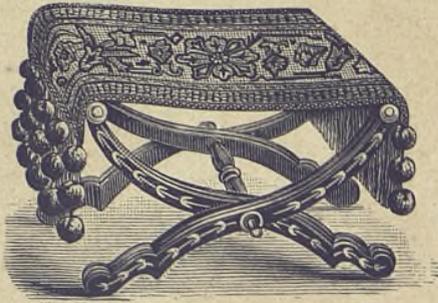


Perfil institucional en Facebook

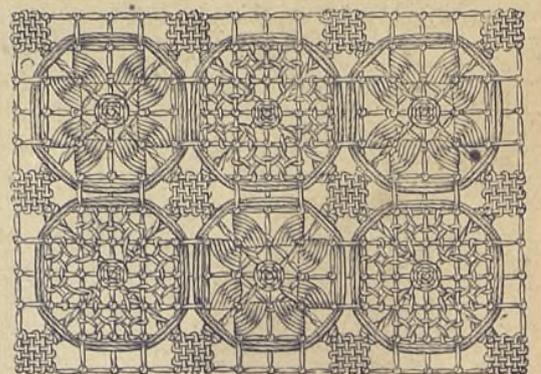
Patrimonio Documental  
Oficina del Historiador



3.—Bordado de guipur sobre red, para cabeceras.



5.—Taburete largo. (Véase el dibujo 6.)



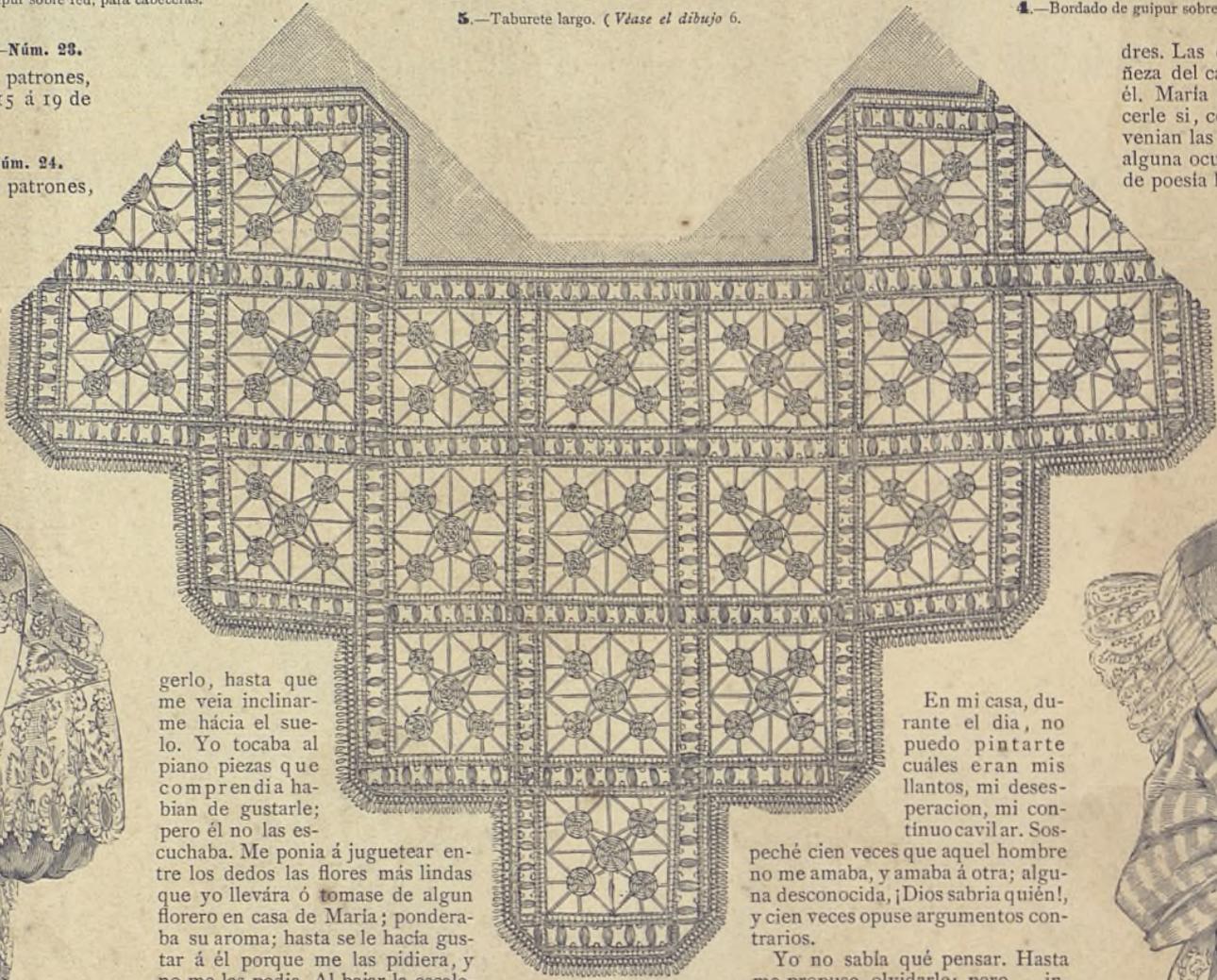
4.—Bordado de guipur sobre red, para cabeceras.

**Corpiño de raso con dibujos de terciopelo.—Núm. 23.**  
Para la explicación y patrones, véase el núm. III, figs. 15 á 19 de la *Hoja-Suplemento*.

**Chaqué de paño bordado de trencilla.—Núm. 24.**  
Para la explicación y patrones, véase el núm. I, figuras 1 á 11 de la *Hoja-Suplemento*.

**Vestido de reps de seda.—Núm. 26.**  
Véase la explicación en el verso de la *Hoja-Suplemento*.

**Trajes para niñas y niños.—Núms. 27 á 35.**  
Para la explicación y patrones, véase la *Hoja-Suplemento*.



7.—Cenefa para pañuelos.



8.—Cuello Luis XIII.



9.—Cuello de encaje Renacimiento.

gerlo, hasta que me veía inclinarme hacia el suelo. Yo tocaba al piano piezas que comprendía habían de gustarle; pero él no las escuchaba. Me ponía á jugar entre los dedos las flores más lindas que yo llevara ó tomase de algun florero en casa de Maria; ponderaba su aroma; hasta se le hacia gustar á él porque me las pidiera, y no me las pedía. Al bajar la escalera, cuando se acababa la tertulia, fingia tropezar en los escalones, por ver si me daba el brazo; pero á tal extremo llegaba su distraccion, que no me le ofrecia. En fin, Fernanda; yo, al elegir asiento, en la conversacion, al repartir las tacitas de té, en todas las coyunturas posibles le mostré preferencia y consideracion: todo fué en vano.

En mi casa, durante el dia, no puedo pintarte cuáles eran mis llantos, mi desesperacion, mi continuo cavilar. Sospeché cien veces que aquel hombre no me amaba, y amaba á otra; alguna desconocida, ¡Dios sabria quién!, y cien veces opuse argumentos contrarios.  
Yo no sabia qué pensar. Hasta me propuse olvidarle; pero.... inútilmente.

Yo procuraba, al desplegar mi táctica, que nadie lo notara más que él. Aun de Maria me tapaba.

VII.

¡Cruelas suposiciones!

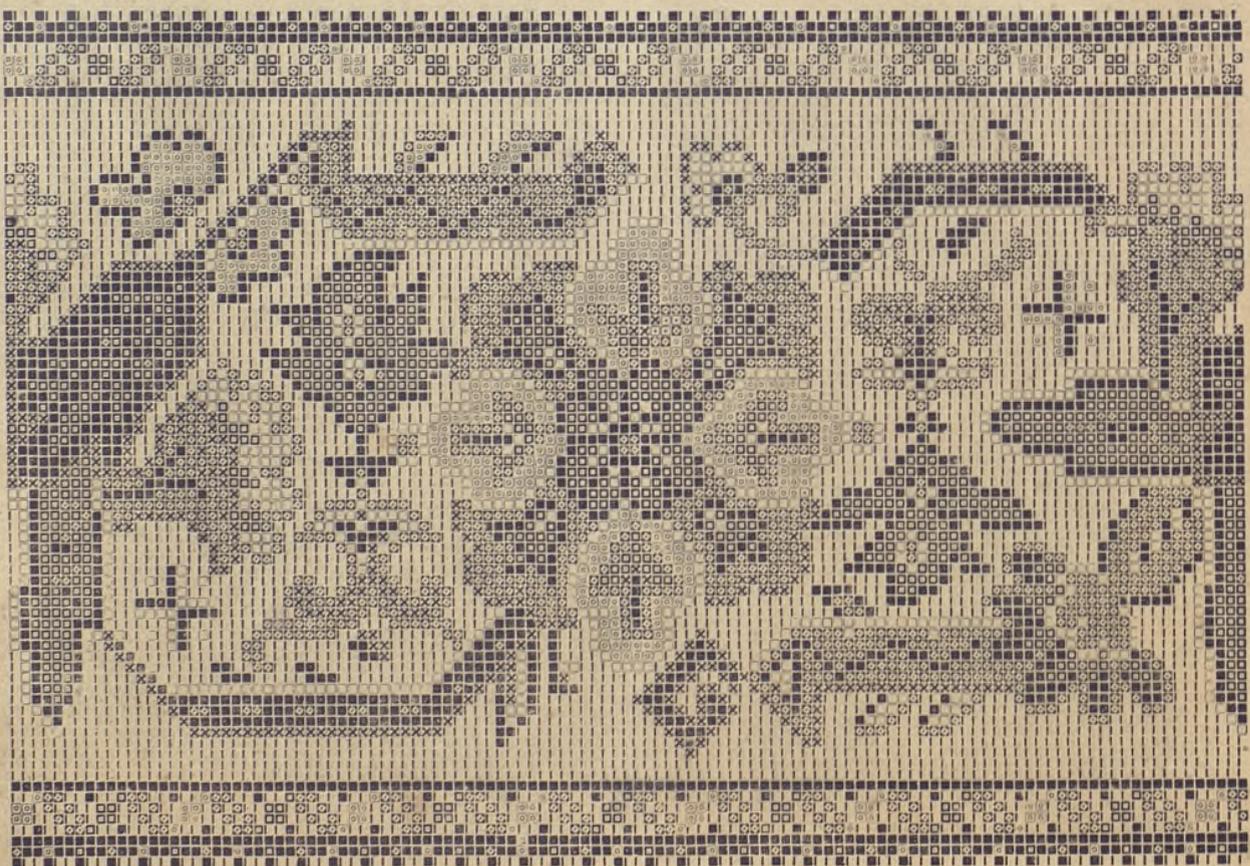
Sin embargo, una tarde, hablando con Maria, no sé de qué, recayó la conversacion sobre An-

LAS ALAS ROTAS.

(CONCLUSION.)

Y tú—me preguntarás—¿no eres mujer? ¿no te sugería la astucia medios de romper aquel enmudecimiento? —Si: yo procuré sentarme á su lado en las partidas de tresillo; confabulándome con él, hacer trampas por bajo de la mesa cuando jugábamos á la perejila. Cuando lo vi solo en algun rincón, fui á sentarme junto á él, diciéndole por broma que llevaba el fin de consolarle. Esto fué al principio; mas, al ver la persistencia de su silencio, perdí la confianza para gastarle bromas; me sentí poseída de timidez semejante á la suya, y se me antojó que entre ambos existia un misterio que nos ataba las manos, pero cuyo sentido los dos conocíamos perfectamente.

Entonces recurrí á otros medios. Por ejemplo: estando á su lado, se me caía el pañuelo ú otra cosa cualquiera; él estaba tan distraido, que algunas veces no se daba cuenta de que debía co-



6.—Tira del taburete largo. (Véase el dibujo 5.)

Explicacion de los signos: ■ verde aceituna; ■ marron oscuro; X marron mediano; □ marron claro; □ azul; ⊕ encarnado; | fondo.

á su entender, aquel hombre debía amar á alguien que no conociamos ninguna de las dos. Maria me hizo ver indicios claros: ¿cómo aquel hombre, ántes tan franco y alegre en aquella casa, se mostraba tan ceremonioso y tan triste? Además, si tenia interes, ¿por qué iba allí con ménos frecuencia?

Esto acabó de convenirme.

Maria me desilusionó. Maria veía el caso con una serenidad de que yo no podia ser dueña.

Pero ¡ay! no por esto se apagó el fuego que en mi corazón ardia; no por esto cesó mi afán; no por esto menguó el atractivo, la simpatía que me inspiraba aquel hombre. Que el incentivo de los celos, y más celos de una desconocida, que quizás me superara en hermosura, me enardecia, y me empeñaba, y me hacia desear con mayor vehemencia el amor de Andres. ¡Qué desesperacion la mia!

Sin embargo, no podia convencerme de que el objeto de su amor (porque, sin duda, amo

padecia Andres) estuviese en otra parte que en casa de Maria. A fuerza de observarle, vi en él ciertas emociones, cuya causa no podía menos de estar allí, cuando de tal modo y tan bruscamente le asaltaban. Pero ¿por qué tal silencio? ¿Acaso aquel hombre, tan espontáneo y chistosamente atrevido en sus bromas

y ameno discurrir de ántes, era tímido como una criatura cuando se trataba del amor? Si; así debía ser, y de ello me convenci en cierta ocasion. Figúrate, Fernanda, que mi madre pidió su pañuelo, que habia dejado en el bolsillo del abrigo que dejó, al llegar, en el recibimiento. Maria y yo nos apresuramos



12.—Vestido de raso y felpa. Espalda.  
(Véase el dibujo 25.)  
(Explic. y pat., núm. IV, figs. 20 á 32 de la Hoja-Suplemento.)



10 y 11.—Bata elegante. Delantero y espalda.



13.—Vestido de paño. Espalda.  
(Véase el dibujo 15.)  
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



14.—Vestido de velo.  
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

15.—Vestido de paño. De'antero. (Véase el dibujo 13.)  
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



16.—Vestido de faya y raso.  
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

17.—Vestido de velo y raso.  
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



18 y 19.—Vestido de paño. Delantero y Espalda. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



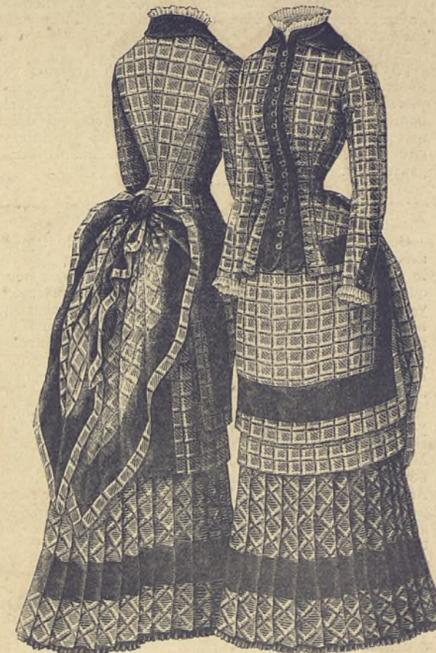
22.—Vestido de paño angola. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



24.—Chaqué de paño bordado de trenilla. (Explic. y pat. núm. I, figs. 1 á 11 de la Hoja-Suplemento.)



23.—Corpiño de raso con dibujos de terciopelo. (Explic. y pat. núm. III, figs. 15 á 19 de la Hoja-Suplemento.)



20 y 21.—Vestido de lanilla escocesa. Espalda y delantero. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

á ir por el pañuelo. María se me adelantó; Andres quiso evitarnos la molestia, y no sólo nos disputó la puerta que conducía al recibimiento, sino que salió tras de María. Yo les seguí con la vista, y vi que, en el recibimiento, aquel hombre, presa de violenta emoción, trató de decir algo á María, movió los labios y accionó de un modo extraño, pero no expresó nada. María lo miró como enojada, y vino hacia la sala con el abrigo, dejando á Andres desairado y perplejo. ¡Ah! lo confieso, si; en aquella ocasion cruzó por mi mente, súbita como relampago, una sospecha horrible. Pero despues pensé: «Andres busca intérprete para declararme su amor, y ni á eso se atreve. ¡Qué tímido!»

Yo me volvía loca con todo esto. ¿Qué hacer? Está escrito ó determinado por Dios ó por la Naturaleza que la mujer no pueda decir al hombre: «Te amo.» Es el hombre quien debe pretender; la mujer, conceder. Y bien: si este dichoso hombre no pretendía, aunque se moría de deseos, no sé por qué fatal rubor, impropio en su sexo, ¿qué podía yo hacer? Debía, en esta ocasion, ser el mundo al revés y ser yo quien me declarase á él?

Ya comprenderás, Fernanda, que desechaba tan absurdo procedimiento. «¡Qué lástima no tener pantalones!» pensaba; y ¡lloraba tanto!

VIII.  
¡Cruces palabras!  
A todo esto, el mes de Febrero espiraba.

Yo muchas veces habia hablado á Andres de sus melancolias. El adoptaba el sistema de evadirse de la cuestion.

Una noche dió la coincidencia de que Andres y yo quedamos solos en un extremo del gabinete contiguo á la sala, sentados en el mismo sofá.

—Usted siempre tan triste—le dije.  
—Y lo peor del caso es que hay otra persona tan triste como V. y por la misma causa.



25.—Vestido de raso y felpa. Delantero. (Véase el dibujo 12.) (Explic. y pat. núm. IV, figs. 20 á 33 de la Hoja-Suplemento.)



27.—Vestido para niñas de 8 á 10 años. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

28.—Delantal para niñas de 4 á 6 años. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

29.—Delantal para niñas de 1 á 2 años. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

30.—Vestido para niñas de 7 á 9 años. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

31.—Traje para niñas de 11 años. (Explic. y pat. núm. VI, figs. 42 á 49 de la Hoja-Suplemento.)

32.—Traje para niños de 7 á 9 años. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

33.—Delantal para niñas de 3 á 5 años. (Explic. y pat. núm. II, figs. 12 á 14 de la Hoja-Suplemento.)

34.—Vestido para niñas de 2 á 4 años. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

35.—Impermeable para niñas de 8 á 10 años. (Explic. y pat. núm. V, figs. 33 á 41 de la Hoja-Suplemento.)



26.—Vestido de reps de seda. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

—¿Cómo?—exclamó él, incorporándose bruscamente.  
—Si—repuse yo, mirándole con toda la diplomática elocuencia de que pude echar mano;—con una sola palabra suelen aclararse las situaciones más difíciles.

—¡Ah! Ella la ha dicho á V. algo? ¿Usted viene á darme esperanza?—añadió dando expansion á todo el fuego que venía reprimiendo tanto tiempo hacia.—Dígamele V., si; ¿me ama, me ama María? ¿no me desprecia, no me odia?

¿Cómo pintarte, Fernanda, lo que en mí pasó? ¡Qué horror! ¡Qué honda herida me causó aquel hombre! Me le quedé mirando con los ojos fijos: ¡tal era mi asombro! El no reparó en mi turbacion: tal era su éxtasis, y me dijo, loco de amor:

—¡Por Dios, Manuela, dígamele usted que la amo!

Estuve á punto de perder el sentido. Dudé si ponerme en pié y salir de la estancia. Nada me faltó para mostrar á aquel hombre el daño que me hacia y llamarle verdugo sin entrañas; pero mi amor propio pudo más, y refrené mis impetus, y contuvo mi lengua, y me sugirió artificios para mostrarme tranquila; y, levantándome, poner término á la escena con una afirmacion, indicada por un movimiento de cabeza, de que cumpliría su deseo.

¡Asómbtrate, Fernanda! ¡Yo antes de salir de casa de mi tío, aquella noche, yo la dije á María: «¡Andres es á ti á quien ama!»

¡Ah! en su semblante leí que ya lo sabia; en su silencio, en su frialdad y en su mirar hácia el suelo, entendí que ella me habia engañado cuando me dijo que Andres amaba á una desconocida. Y adiviné más: en la complacencia de María adiviné que ¡le amaba!

—Se lo pregunté, sin embargo, espontáneamente.

—Si—me contestó;—sólo que yo quisiera que me

lo declarase en cierta ocasion; le faltó valor, y he querido probar, desdenándole, hasta dónde alcanzaba su afán y su pasión.

— ¡Cruel! — la dije.

¡Ay! entonces, que comparé la ingenuidad con que yo le amaba á la altivez con que le amaba María, ¡cómo deplore que la fatalidad hubiese inclinado el corazón de aquel hombre hacia donde menos le amaban! Y ¡con qué odio más profundo miré á mi prima! no por verme yo despreciada de él, sino por la vil sagacidad con que me había engañado ella.

## IX.

## La Crisis.

Cuando llegué á casa me acometió un violento ataque nervioso. Los días siguientes estuve muy mala. Ignoré lo que me sucedía, pues perdí el sentido. Despues supe que una congestión cerebral puso en peligro mi existencia, y en penosísima ansiedad á mis padres. Mi fatal desilusión fué el 26 de Febrero; hasta el 7 de Marzo no me levanté por primera vez. Mi convalecencia fué muy lenta y trabajosa. No sabes cuánto me atormentaron los nervios, qué melancolía me abrumaba, qué inapetencia, qué hastío, qué debilidad.

Volviendo los ojos hacia lo pasado, me taché de cándida y confiada, dándome perfecta cuenta del silencio y misteriosa perplejidad de Andres, de la fingida indiferencia de María. Me quedé un remordimiento que no puedo menos de confesarte, Fernanda: no haber hecho comprender á Andres la superioridad de mi amor sobre el amor de mi prima; porque, de haber sido yo más sagaz y haber poseído antes la clave de aquel enigma, quizás hubiese podido triunfar. ¿He sido tan inocente en estas ilusiones tardías como en las que mantuve antes del fatal desengaño? No lo sé.

Antes de concluir, debo referirte un caso que, no sé por qué, mi espíritu le relaciona con el mío. Ha sido un drama acaecido en mi cuarto, y en el cual yo he sido parte activa, motora de él. Sí, Fernanda, yo soy criminal.

## X.

## La Mariposa.

Convaleciente me hallaba todavía cuando, revolviendo un cajón de mi cómoda, tropecé con el capullito de mariposa, que olvidado tenía, con tantos y tan graves sucesos. Púsele dentro de una cajita, según me había dicho quien me le regaló; tapé la cajita con un cristal, que al intento quité de un cuadro, asegurándole con tiritas de papel pegadas con goma, y aguardé la aparición del insecto.

Todo el mes de Abril aguardé en balde. Todas las mañanas, en cuanto me levantaba, corría á mirar por el cristal; el capullito continuaba cerrado.

Ya entonces, calmado mi sistema nervioso, un poco más fortalecida, y aún algo menos melancólica, salía á paseo y poco á poco entraba en los hábitos de mi vida ordinaria. Mi razón enjugó las lágrimas de mi pobre corazóncito, dándole esperanzas de hallar quien le comprendiese en lo venidero, y le hizo que perdonara á María y disculpase á Andres, los cuales ya entonces estaban en relaciones. Sin embargo, tenía escondida en lo más recóndito de mi alma una esperanza gratísima. Debo confesártelo, Fernanda: yo esperaba que Andres, desilusionado de María, llegase al fin á quererme; porque yo, en el fondo, le quería, le quería aún. Pero era de tal naturaleza este secreto, que á mí misma no consentía en confiarme más que como fugaz probabilidad.

Uno de los primeros días de Mayo miré la cajita consabida (hacia dos ó tres días que no lo había hecho por olvido). ¡Qué grata sorpresa! La mariposa estaba allí, pegada á una de las paredes de la caja, con las alas extendidas, quieta, simétrica, como si la hubiesen pintado. El capullo estaba en el fondo de la caja. Pero ¿cómo había podido salir un bicho tan grande de aquel capullo tan pequeño? ¡Qué cosa más rara! ¡Y qué bonita era la mariposa! Era de color pardo; las alas, con muchos dibujitos festoneados de amarillo, y guarnecidas de una especie de puntilla de picos.

## XI.

## Mi crimen.

No abrí la caja. Resolví esperar á que muriese la mariposa, para entonces atravesarla con un alfiler y ponerla luego en la pared. Pasaron ocho días, durante los cuales la mariposa varió dos ó tres veces de sitio y extendió más ó menos las alas sobre la pared de la caja.

Al entrar por la noche en mi cuarto para acostarme, así que dejaba la palmatoria sobre la mesilla de cabecera, advertí en varias ocasiones algún ruido dentro de la caja. «¡Pobre mariposita! — pensé; — ve el resplandor de la luz y quiere buscarla.»

Una noche el revoloteo azotó con bastante violencia el cristal que cubría la caja, y su eco repercutió en mi corazón, infundiéndole lástima. Por fortuna, cesó pronto.

A la noche siguiente, el mismo ruido penoso hirió las fibras delicadas de mi sensibilidad; pero ¡ay! no cesó al poco; por el contrario, acreció de tal modo, que no pude menos de correr á mirar por el cristal. La infeliz mariposa recorría con aleteo vertiginoso su cárcel estrecha, golpeándose rudamente contra las paredes. No veía; habíase apoderado de ella horrible desesperación; estaba, sin duda, próxima á morir, y en sus ansias postreras quería correr en pos de aquel foco luminoso, cuyo reflejo perseguía, pero cuyo fuego no podía ver. Me dió lástima, mucha lástima; pero ¡ay! lo confieso, Fernanda; la avaricia de recrearme en aquel bello animalito cuando le tuviese clavado en la pared me hizo encogerme de hombros mentalmente y separarme de la caja.

Comencé á desnudarme. Pero las sacudidas de aquel ser encarcelado aumentaron de un modo horrible. Entonces se alzó súbito del fondo de mi corazón un instinto bueno, que afeó mi crueldad y egoísmo vergonzoso, y me dijo que

acudiese á salvar aquella existencia, pues aún podía llegar á tiempo. Si; contribuir á la dicha de aquel animalito se me ofreció como un ideal bellissimo. Cogí la caja y vi que la mariposa, ya fatigada, cedía algunas veces de su empeño, arrojándose al fondo; hasta que, recobrada, agitábase con nuevo brío, aporreándose tan despiadadamente, que destrozaba sus alas contra el cristal y las paredes de la caja, á cuyo fondo caían los trocitos desprendidos. ¡Qué horror me causó aquella bárbara mutilación, de que yo tenía la culpa! Busqué, trémula, una navajita; febril desgarré como pude las tiritas de papel que cerraban imperfectamente las junturas del cristal y la caja; levanté al fin el cristal. La mariposa estaba postrada en el fondo, sin mover las alas, informes á causa de su destrozo. ¡Era tarde, y yo tenía la culpa! Abrí el balcón y aproximé á él la caja abierta. No se movió la mariposa. ¡Yo había dado muerte á aquel animalito! ¡Qué remordimiento tuve, qué pena! No sé si por el estado de mi espíritu, no sé por qué, te aseguro, Fernanda, que me impresionó seriamente este suceso. Luego encontré una secreta relación entre la suerte de aquel ser infortunado y la mía.... Me llamé cruel y egoísta. Me aborrecí.

Puse de nuevo la caja sobre la cómoda, y volví á cubrirla con el cristal.

Luego me acosté muy triste.

## XII.

## ¡Pobre mariposa! ¡Pobre de mí!

Al día siguiente supe que Andres y María se casaban. Puedes figurarte la profunda herida que esto me causaría en el corazón. Nadie me notó nada; á solas lloré la total ruina de mis ilusiones. Y con esto me olvidé del drama de la mariposa.

Entré en mi cuarto á vestirme, despues de comer, y no bien puse la luz sobre la mesa de cabecera, el mismo ruido de la noche anterior me trajo á la memoria mi víctima. ¿Qué era aquello? Había revivido, sin duda. Corrí á levantar el cristal. Con efecto, la mariposa salió de la caja y voló hacia la luz; pero ¡ay! sus alas destrozadas no la permitían más que elevarse del suelo á pequeños intervalos, en cortas voladas. ¡Qué pena! La pobrecita quería alzarse hasta la llama y no podía. La puse sobre la cama, para no pisarla mientras me vestía. Llevé la luz al tocador para arreglar mi peinado un momento delante del espejo, y la mariposa vino detras. Pero comprendí que su muerte estaba próxima.

Al irme, dejé el balcón abierto, por si quería marcharse. Estuvimos en casa de María, donde supimos que se tomarían los dichos el día 10 de Mayo, para casarse el día de San Antonio.

Cuando volví, no hallé en mi cuarto la mariposa. Rompí á llorar, escondiendo mi rostro sobre el lecho. La mariposa era la fiel imagen de mi amor: como él, había pretendido en vano; como él, al acercarse á la luz deseada, había hallado su desengaño. Y ahora, ¡yo también tengo las alas rotas!

Esta es, querida Fernanda, la historia tristísima del corazón de tu — *Manuela*.

JOSÉ RAMON MÉLIDA.

## SALONES, TEATROS Y MODAS.

**C**UENTAN de.... no recuerdo quién, que, hallándose un día en la corte de Francia, rodeado de honores y magnificencias, cuando le preguntaron qué le sorprendía más de todo aquello, contestó: «Verme aquí.»

Sin alarde de modestia, otro tanto puedo yo decir al empezar estas *Revistas* en una publicación tan ilustrada como LA MODA. Y como actriz que se turba ó cantante que enronquece, reclamo, antes de empezar la función, la indulgencia del público.

No quisiera, mis queridas lectoras, entristecer vuestro ánimo con las consiguientes ideas que, más tristes y más profundas, embargan hoy la razón y abaten el espíritu, considerando la triste fiesta que conmemora la Iglesia en este día, y la dolorosa obligación que nuestros corazones cumplen; pero, si bien puedo omitir algo de eso, no es posible dejar de hablar de la malograda Marquesa de Valdeterrazo, que falleció anteayer.

Podrá ser muy triste la existencia cuando sólo nos ofrece penas y desengaños sin cuento, ó bien cuando la conciencia intranquila robe al sueño su descanso y al pensamiento su paz; pero cuando la suerte se muestra pródiga de esos verdaderos é inestimables dones que se llaman alegría del alma, cariño invariable, premio á una verdadera virtud que ha sabido hacerse digna de ellos, la vida es muy hermosa. En esas condiciones ha muerto la Marquesa de Valdeterrazo, cuando, jóven y virtuosa, tenía un porvenir de felicidad tan completo; pero.... Dios lo dispuso así; ¡acatemos sus impenetrables designios! Reciba su afligida familia el sincero testimonio de nuestro pesar.

En un sentido y discretísimo artículo, dedicado al triste día de hoy, leo que para los buenos bretones, la fiesta de los muertos es una verdadera fiesta; convidan á su mesa, cubierta de limpio mantel y de sabrosos manjares, á cuantos llaman á sus puertas, reuniendo al amor del hogar hospitalario los restos desparramados de la familia indisoluble, á quien la tierra juntará algún día con sus sepultos predecesores. Y el pobre se codea con el rico, el prócer con el villano, como si quisieran igualar en el festín la igualdad de los cemeniterios; el transeunte bebe en la copa legendaria del montañas estacionario, y no se pide merced que no se sa-

tisfaga al punto, como para sellar con una fraternal benevolencia esa comunión sagrada de los vivos y los muertos, que es á la vez dogma de su religión y necesidad de sus corazones. Todo me parece mejor que nuestras costumbres; pasan y pasan los años sin que pueda tolerar el barullo, desorden é impiedad que en estos dos días reina en los cemeniterios, á los que acude el pueblo con la misma animación y alegría que á una fiesta nacional.

°°

Consagrémonos á los vivos: vamos á ver, ¿qué hacen? Poca cosa; recordar con tristeza ó alegría las peripecias del verano, cuyo *balance* no puedo hacer detenidamente, porque sería cuento interminable; pero sí diré que, en general, ha sido aburrido, pues Biarritz, foco de elegancia y diversiones, brinda ya tantas, que llega á causar lo que las mujeres muy coquetas: hastío.

Si; allí se juega, se baila, se anda, se habla y se goza demasiado; de aquel torbellino no puede quedar ni tranquilidad para el espíritu, ni salud para el cuerpo, ni dinero para el bolsillo.

Y suponiendo que me detengo á hablar de los demás puntos de baños, á los que, poca ó mucha, ha ido gente, y en donde no han faltado diversiones, pasemos á hacer la liquidación para que la Granja, en honor á la verdad, sea la que merezca el *haber* que le corresponde, como poseedora de la mayor cantidad de verdaderos goces.

Repito lo que iba diciendo: los vivos no dan aún señales de estarlo; hace falta más frío para que se muevan, pues ahora, ni en los teatros, ni aún en el Real, se nota esa animación tan deseada y precursora de muchas diversiones. Aunque se diga que va á haber pocos ó muchos bailes, no hay que dar fe á esos rumores; todo es prematuro, nadie habla de ellos; tan sólo puedo dar esperanzas de que los habrá en dos embajadas: en la de Méjico y en la de Inglaterra. Es de anhelar que se realicen.

Cuando me sea lícito entrar en detalles, los daré, y muy curiosos, de una boda en proyecto; precioso y novelesco asunto para quien ande á caza de ellos, á fin de hacer un interesante librito y demostrar que no han pasado todavía los tiempos dichosos en que se casaban los príncipes con las aldeanas.

El afán de entreteneros un rato, lectoras mías, me hará cometer una indiscreción, si la prudencia no acude á tiempo.

°°

Y en los teatros, ¿qué pasa? *Pasan* las obras nada más; nada queda, nada puede aún quedar muchos días en los carteles, porque las del repertorio antiguo, aunque se aplauden, no se admiran más de una noche—¡somos así!— y del moderno, nada ha venido á dar *pingües entradas á la empresa*, como dicen los periódicos, pues los autores esperan, sin duda, á que pase el día de difuntos para dar señales de vida.

El teatro Real, siempre espléndido, siempre concurrido, pero no en su apogeo todavía; falta algo, y no sé lo que es, pero falta.

Veremos en las sucesivas funciones si va animándose más, y nombraremos á las abonadas, cuyas elegantes *toilettes*, recién llegadas de París, tanto han de llamar la atención.

Poco podemos decir del Español, cuyas importantes mejoras están pidiendo más público y más atractivos: con un *día de moda* no se sostiene ningún teatro, ni *Don Juan Tenorio* puede ser imán para nuestro clásico coliseo, pues ya el famoso drama de Zorrilla está pidiendo un responso.

En el de la Comedia, menos abono que el año anterior, sin duda porque luego no nos visitará la Marini, ó porque el público es muy veleidoso; pero es lo cierto que no parece el mismo teatro de otros años, y del anterior sobre todo.

Unos dicen que despues vendrá Mme. Judic; otros lo dudan, y muchos lo niegan; los carteles nada han anunciado; pero los abonados esperan tener el gusto de admirar á la aplaudida y graciosa actriz.

Apolo es el teatro que este año me parece destinado á llevarse la honra y el provecho, pues tiene un cuadro de compañía muy completo, las obras de repertorio que se han dado deleitan al público, que, en cuanto *Don Juan Tenorio* cumpla su misión, espera aplaudir muchas nuevas, de inspirados autores.

Uno de éstos, que ha presentado un drama á ese teatro, ha concluido también una comedia de magia para el de Price, obra en que el empresario funda grandes esperanzas.

La revista de Ricardo Vega, anunciada en Variedades, llamará á *todo Madrid* la noche de su estreno.

Lara, siempre concurrido; pero nada notable se ha presentado.

Es pronto todavía; el rigor del invierno es la época de rigor para estrenos, aplausos y concurrencia.

Y de postre, vaya algo de modas: Mme. Prevost, la famosa modista parisiense, conocida por su gusto y, lo que es más raro, por su conciencia, debe llegar de un día á otro á Madrid con preciosos trajes hechos.

Concluyo esta Revista para ir á presenciar cómo Mr. Ma-

yet nos dominará, dentro de breves instantes, desde su globo, y para conocer á la valerosa señorita que piensa acompañarle.

Hasta dentro de quince días.

TALIME.

Madrid, 2 de Noviembre de 1882.

LA TRANSVERBERACION

DEL

CORAZON DE SANTA TERESA DE JESUS.

ODA.

(Primer premio del Certámen de poetisas españolas de Alba de Tórmes.)

«Pues mi amado á mí, y yo á mi amado. ¡Quién será el que se meta á despartir y á matar dos fuegos tan encendidos!  
»Será trabajar en balde, porque ya se han tornado en uno.»  
(SANTA TERESA: *Meditaciones del alma á su Dios*, 16.)

I.

¡Oh amor de Dios! ¡amor de los amores!  
¡Feliz el corazón que arde y se inflama  
En tu divina llama!  
¡Feliz la inteligencia  
Que iluminan tus vívidos fulgores!  
Ella se elevará con alto vuelo  
Donde jamás llegó la humana ciencia,  
En su soberbio anhelo,  
Y la Eterna Verdad, sol esplendente,  
Contemplan sus ojos frente á frente.  
Así tú, insigne Virgen Castellana,  
De Jesús tierna esposa,  
Azucena entre abrojos olorosa,  
En este amor divino  
Aprendiste la ciencia soberana  
Que se admira en tus obras inmortales,  
Y expresaste con estro peregrino  
Las dichas celestiales  
Que goza el alma pura,  
Haciendo de sí misma una morada  
De virginal y espléndida hermosura,  
Por el Rey de los cielos habitada (1).

Como al nacer el alba nace el día,  
Este divino amor nació contigo;  
Fué tu norte y tu guía,  
Puerto feliz do siempre hallaste abrigo.  
Tu alma grande, sublime, generosa,  
De la eterna bondad y la belleza  
Aspiró al ideal, le buscó ansiosa;  
Y en la suprema y celestial grandeza  
Del Sumo Crëador, allí tan sólo  
Pudo encontrar tu espíritu ferviente  
El ideal que concibió tu mente.  
Tu corazón, de Dios enamorado,  
A Dios se consagró con vivo anhelo,  
Y mereció del cielo,  
Porque su llama fuera inextinguible,  
Ser por candente dardo traspasado.

II.

Virgenes venturosas, que ostentando  
La talar vestidura  
De nítida blancura,  
Y en vuestras manos la triunfante palma,  
Signos de la victoria  
Que contra el mundo consiguió vuestra alma,  
Vais en pos del Cordero caminando  
En las altas mansiones de la gloria,  
En su eterno loor himnos cantando;  
Prestad á la voz mía  
La célica expresión de vuestro acento,  
De vuestra voz la dulce melodía;  
Que es pobre y débil el lenguaje humano  
Para expresar tan mágico portento  
Y describir favor tan soberano.

III.

En actitud ferviente,  
Al pié del ara santa prosternada,  
Do se muestra trisísima y doliente,  
En la cruz enclavada,  
La dulce imágen de Jesús paciente,  
Teresa con tiernísima mirada  
Contempla al Redentor; mas ¡quién pudiera  
El asombro expresar que su alma siente  
Cuando aquel sacrificio considera  
Que hizo el Verbo humanado  
Por redimir al hombre del pecado!.....  
«¡Oh infinita bondad!—Teresa exclama.—  
¡Oh dulce Señor mio!  
Al meditar en tí, ¿quién no te ama?.....

¡Ciega el alma será que no se asombre  
Al ver á un Dios muriendo por el hombre!.....»

Como manso arroyuelo, que sin ruido  
En el verjel florido  
Se desliza entre rosas,  
Su rostro inundan lágrimas copiosas.  
Por acerbo dolor el alma opresa,  
Parece que la vida  
Va á extinguirse en el pecho de Teresa.

Al Padre celestial mira ofendido;  
Misericordia implora;  
De la flaqueza humana condolido  
Su corazón, del alma pecadora  
Llora el destino infausto  
Y la desdicha fiera,  
Y en su dolor profundo,  
¡Ay! poseer quisiera  
Un corazón tan grande como el mundo,  
Para ofrecerlo á Dios en holocausto,  
Y como mirra de preciosa esencia,  
Su espíritu inmolar hasta extinguirse,  
Arder y consumirse  
De Dios en la presencia.

Suspira por la muerte bienhechora,  
En que el alma, como ave desprendida  
Del duro lazo y de la red traidora,  
Podrá tender el vuelo, ¡oh feliz suerte!  
Y llegar do el eterno bien se anida,  
Donde jamás imperio halló la muerte.  
Y mientras llega la anhelada hora,  
La tierna Virgen, fiel imitadora  
Del divino modelo,  
El cáliz del dolor beber ansia;  
No pide al mundo goces ni alegría;  
*Padecer ó morir*, ése es su anhelo;  
Y envidia al que feliz sube al empiro  
Con la gloriosa palma del martirio.  
Y es tan viva, tan grande, tan vehemente  
Su emoción, que la lengua enmudecida  
No halla frases que expresen lo que siente;  
Y á los piés del Señor, á quien adora,  
Por quien diera la vida,  
En éxtasis ferviente  
Ama en silencio, y en silencio llora.....

¡Qué oración más hermosa y elocuente!.....  
El celestial Esposo,  
Como en huerto florido y oloroso,  
De Teresa en el alma bendecida,  
Y de virtudes rica, embellecida,  
Cual hermocean al pensil las flores  
Con su exquisito aroma y sus colores,  
Recreáse gozoso.  
¡Oh instante venturoso!  
Mensajero del cielo  
Mira Teresa, en premio de su anhelo,  
Un sér extraordinario, peregrino,  
Cerca de sí; su rostro fulgurante  
Brilla más que el lucero vespertino;  
Rayos del sol coronan su cabeza,  
Y no hay lenguaje humano  
Que expresar pueda su sin par belleza.  
Lleva en la diestra mano  
Un dardo de oro, y hácia el pecho amante  
De la extática Virgen anhelante  
La flamígera punta dirigiendo,  
Su corazón traspasa  
Y con fuego seráfico le abrasa.

Cuando el querube aparta el hierro ardiente,  
Con atracción inmensa, irresistible,  
Parece que el espíritu se lleva  
De Teresa, que goza de indecible  
Ventura, inexplicable,  
Infinito placer, puro, inefable,  
Y gime débilmente  
Como gacela herida,  
Cual si á extinguirse fuera dulcemente  
En su pecho la vida.  
Alas la da el amor, y su alma eleva  
Como nube de incienso vaporosa  
A la eternal morada,  
Y del amor divino  
La virginal esposa  
En el piélago azul queda anegada.  
¡Oh amor de Dios! ¡Oh llama inextinguible!  
En su pecho arderás mientras aliena,  
Porque apagar el fuego es imposible  
Que se encienda en el Sol Omnipotente! (2).

(2) Santa Teresa, en sus escritos, usa muchas veces de la palabra Sol, aplicada á la belleza, majestad y grandeza de Dios. Hablando del alma del justo habitada por Dios y comparándola con un castillo todo de diamante ó muy claro cristal, dice: «y á todas partes della se comunica este Sol que está en este palacio.» (*Moradas primeras*, cap. II.)  
«Cuando mira este divino Sol, deslúmbrale la claridad, etc.» (*Vida de Santa Teresa*, cap. xx.)

Cual líquido diamante cristalino,  
Desprendido del llanto de la aurora,  
Al caer en el mar su sér confunde  
Con el inmenso Océano,  
A impulso de este afecto soberano,  
De este fuego divino,  
Se une Teresa al Dios en quien adora,  
Y no es ella, Dios sólo en su alma vive,  
Y vida de su sér sólo recibe.

Su corazón, de Dios enamorado,  
Y por el igneo dardo traspasado,  
Gozando de ventura inexplicable,  
Angélica, inefable,  
Queda, y en tanto el celestial querube,  
Cumplida su misión, al cielo sube.  
¡Oh amor de Dios! ¡Oh llama inextinguible!  
En su pecho arderás eternamente,  
Porque apagar el fuego es imposible  
Que se encienda en el Sol Omnipotente.

JOSEFA ESTEVEZ DE G. DEL CANTO.

EL TERCER CENTENARIO

DE SANTA TERESA DE JESUS.

ODA (3).

Y así pasan centurias tras centurias,  
Sin salir de aquel fango;  
Y surge Grecia, y se levanta Roma,  
Y Grecia y Roma injurias sobre injurias  
Lanzan á la mujer, del alto rango  
De persona al de cosa rebajada.  
Tan sólo cuando asoma  
La evangélica luz por el Oriente,  
Y se proclama el fin de los tiranos  
A la voz de Jesús grandilocuente:  
«¡Todos somos hermanos!»  
Cuando se abren los cielos, de fulgores  
Henchidos y de flores y alegría,  
Y circundada de ángeles, los hiende  
La Madre de los púdicos amores,  
La Pura, la Castísima María,  
Sólo entónces sonó la ansiada hora  
En que la esclava se trocó en señora.

¿Oís, oís? Hasta nosotros llegan  
De himnos mil los acordes armoniosos,  
Y en inefable gozo el alma anegando.  
¿Por ventura al oírlos victoriosos,  
Con sus ecos juntando vuestro acento,  
Pensáis que el mundo alborozado canta  
De una mujer tan sólo las virtudes?.....  
¡Mezquino pensamiento,  
Siquiera esa mujer sea una santa!.....  
¡No! Mirad más arriba:  
A la mujer, de agravios seculares,  
Que de su historia forman el calvario,  
Perdon pide hoy el hombre  
En este inolvidable centenario,  
Rehabilitando su bendito nombre.

No mireis en la mística TERESA  
Tan sólo á la incansable Fundadora,  
A la que muere de pecado ilesa,  
A la ilustre Escritora,  
A la Reformadora del Carmelo,  
A la que, al lado de Jesús divino,  
Radiante de placer, vive en el cielo.  
Grande es así, pero hoy se nos presenta  
Más grande aún, á recoger gozosa  
Nuestro ardiente loor; hoy representa  
El saber, los trabajos, las virtudes  
De la mujer sufrida y victoriosa.

Y en ella celebramos los humanos  
El fervor de las mártires; la ciencia  
De las Galindos, Buccas y Medranos;  
De la gran Berenguela la prudencia;  
De las Judit, las Arcos y las Pitias,  
Las Juarez, y las Blazquez, y Pachecos,  
Déboras, Aragon y Margaritas  
El heroico valor; de las Susanas,  
Virginias y Lucrecias la pureza;  
El candor de las vírgenes cristianas;  
De Isabel la magnánima entereza;  
La caridad de la inmortal Fabiola;  
El saber de la Molza y la Nebrija;  
La piedad ejemplar con que se inmola  
De Edipo al bienestar su amante hija;  
De Labilia la honesta fortaleza;  
El galano decir de soror Juana;  
De Ester la abnegacion y la nobleza;  
La virtud sobrehumana  
Y eximia santidad de Florentina,  
Bárbara, Ines, Eulalia, Isabel, Rosa,  
Agueda y Florentina.....  
De la mujer, en fin, de todos tiempos,  
La suma de los méritos grandiosa.

¿Y en quién mejor que en la sin par TERESA  
Honrar pudiera á la mujer el mundo?  
Gloriosa santidad, saber profundo,

(1) «..... no es otra cosa el alma del justo sino un paraíso adonde el Señor tiene sus deleites.»

(SANTA TERESA: *Moradas primeras*, cap. I.)

(3) Lamentamos que la escasez de espacio no nos permita insertar íntegra esta notable composición.

Abnegacion, constancia,  
Castidad, caridad, piedad, prudencia,  
Fortaleza, humildad, perseverancia,  
Discrecion, sobriedad, candor, paciencia.....  
Todo en ella se junta, fiel compendio  
De todas las virtudes..... ¡Gloria, gloria  
A su santa memoria!  
¡Cese de la mujer el vilipendio!  
¡No en injuriarla ya se goce el labio!  
¡Gloria á TERESA! En himnos repetido  
Y en oraciones mil su santo nombre  
Resuene, cual solemne desagravio  
Que á la humilde mujer, arrepentido,  
Con cariñoso anhelo ofrece el hombre.

FERNANDO ARAUJO.

CORRESPONDENCIA PARISIENSE.

SUMARIO.

Los parisienses y el Bosque de Boulogne. — Decadencia del Lago. — La Alameda de las Acacias. — Los provincianos extraviados. — Los lunes de la Opera. — Trajes notables. — Peinados nuevos. — Pleito célebre entre peinadores y peluqueros. — Un abogado elocuente.

PARIS comienza á recobrar su fisonomía alegre y animada: diríase que el regreso de sus habitantes le ilumina, como el de una madre que vuelve á ver á sus hijos tras larga ausencia. En el Bosque, los paseantes se muestran ya con el dedo no pocas notabilidades parisienses, y se citan algunos trajes de singular elegancia y novedad.

Pero no pasemos adelante sin apuntar el cambio, casi podríamos decir la revolucion, que se ha verificado en el aristocrático paseo del Bosque de Boulogne. Lamartine habia cantado *El Lago*, un émulo del gran poeta podria cantar hoy la decadencia del Lago.

En efecto, el inmenso charco ó alberca en torno de la cual giraba diariamente cuanto la capital contiene de ilustre, de notable, de elegante ó distinguido, se ve este año abandonado, casi desierto.

¡Caprichos de la inconstante moda!

En tiempos de Luis Felipe, el paseo elegante era la Alameda de las Acacias. Se trasforma el Bosque de Boulogne. De repente, fuga general. La muchedumbre se precipita á orillas del Lago, que acababa de surgir de la varita mágica de un ingeniero célebre.

Esta moda duró muchos años. Pero llega un momento en que el fastidio nace de la uniformidad.

Habia ademas, preciso es confesarlo, otras razones muy valederas. El Lago habia sido invadido por la clase meritoria de tenderos y herteras más ó menos acomodados.

Las bodas, las sempiternas bodas, exhibian de un cabo del año al otro sus ramos y coronas de flores de azahar (contrahechas). Habia ocasiones en que la circulacion era difícil por entre las filas interminables de papás, de mamás y de «jóvenes de honor» (vulgo padrinos).

Lo que me sorprende es que la paciencia de los nobles paseantes haya durado tanto tiempo y que no hayan huido ántes de aquella invasion de felicidades conyugales.

Por otra parte, la vuelta del Lago, clásica por espacio de tanto tiempo, era, como paseo, la invencion más peregrina que es posible imaginar. Durante el verano, el sol daba de lleno en todo su circuito, y en el invierno era el lugar más acariciado por los vientos glaciales.

Mientras que se giraba, maquinalmente y como por rutina, al rededor de aquella palangana de verdes contornos, corriase diariamente el peligro de un tabardillo ó de una pulmonia.

Todo lo cual explica, más que suficientemente, por qué se ha producido tan súbita y completa desbandada.

La *high life* ha vuelto á sus primeros amores; á aquella Alameda de las Acacias, que se habia abandonado sin motivo.

Y en verdad, esta alameda es deliciosa. Umbrosa para los dias de calor; abrigada del aire para los dias de heladas; abraza una extension de cerca de una legua, lo que permite la observacion á larga distancia, sin tener que dar vueltas, como acémila de noria.

Como decía, la revolucion ha sido completa.

Da lástima ver ahora el pobre Lago, que se ha quedado solo con sus *sergents de ville*, los cuales continúan ¡oh fuerza de la costumbre! vigilando para mantener el orden en un desfile de coches que ya no existe. ¡Sombras melancólicas al servicio de unas sombras de carruajes!

Por casualidad, algun coche de alquiler, ocupado por un provincial mal enterado, se aventura de tarde en tarde por aquellos parajes solitarios. El provincial, que no habia venido á Paris desde la última Exposición, y que se habia vuelto con los recuerdos tumultuosos del antiguo Paris, restriégase los ojos, mira atontado y no comprende.

Algunas veces interroga á su conductor:

— Cochero, V. debe equivocarse; ése no es el verdadero Lago.....

— Sí, señor.

— No es posible.

Si es posible, ¡oh cándido provincial! Paris es un implacable ingrato cuando una cosa ha dejado de agradarle.

Los lunes de la Ópera empiezan á poblar los palcos carmesies de rostros encantadores y de olas de raso. El lunes pasado, sin ir más lèjos, habria podido cogerse á manos llenas un elegante ramo de mujeres jóvenes y bonitas. Citaré algunas de sus *toilettes* más notables:

Una jóven condesa polaca, rubia como Febo y blanca como la aurora, llevaba un vestido de tul color de rosa coral. La sobrefalda, en forma de delantal plano, iba recogida por los lados sobre una falda literalmente cubierta de cocas largas de cinta color de rosa. Las ondulaciones del raso producian un efecto admirable y reemplazaban con ventaja el enorme rizado, que se ha vulgarizado más de lo que fuera de desear. El corpiño, escotado; iba guarnecido de un lazo de raso en el hombro izquierdo, y de una guirnalda de crisantemos blancos en el hombro derecho. Ramo de las mismas flores en los cabellos.

En el mismo palco, la hermana de la Condesa, morena y de una correcta hermosura, estaba vestida de blanco: crespon liso sobre moaré de Lyon, formando anchos pliegues. En el corpiño y en los cabellos, unos pensamientos de terciopelo.

Un traje de raso negro, resplandeciente de azabache, ponía de relieve el busto escultural de una hermosa dama, coronada de una diadema de oro, estilo griego.

No ménos elegante era un vestido de faya color de lila persa, bordado de cuentas color de ámbar y oro antiguo. Los delantales se reemplazarán este invierno con entrepaños, como los del traje de que me ocupo; el delantero de la falda va cubierto con una banda que sale del corpiño y va fruncida á la bizantina, con un cinturón de terciopelo. El escote, redondo, se rodea con un bordado igual, de las mismas cuentas.

Citaré, por último, un precioso traje de señorita, hecho de muselina de seda blanca, alto hasta el cuello, donde terminaba en un rizado. Un collar de oro y un cinturón tambien de oro resaltaban únicamente sobre aquella blanca nube. Los cabellos, recogidos á la Psiquis, se hallaban sujetos en la nuca con una peinecita de oro. No es posible imaginar nada más modesto ni que mejor siente á la juventud que este peinado de diosa.

Por lo demas, el peinado va á experimentar este año, segun se asegura, un cambio notable: se colocan ya las flores, no debajo del rodete, sino encima, lo que da por resultado el realzar la cabeza.

Y á propósito de peinados, diré dos palabras, para terminar esta epístola, de un pleito célebre que tuvo lugar á fines del siglo pasado. Tratábase de la rivalidad que existía á la sazón entre *peluqueros* y *peinadores*. Cada cual pretendia tener el privilegio de peinar las damas. Por último, merced á la palabra persuasiva de un abogado llamado Vermeil, los

*peinadores* triunfaron de sus adversarios. El discurso del abogado Vermeil, pronunciado en 1769, alcanzó un éxito tan extraordinario, que el impresor Estienne, de Paris, lo publicó al año siguiente. Decía, entre otras cosas, el defensor de los *peinadores*:

«Que el peinado era un arte destinado á embellecer la Naturaleza ó á reparar sus disfavores; arte lleno de tacto y de sentimiento. El peinado de la entrevista, exclamaba nuestro abogado, no es el mismo peinado del casamiento, y el del casamiento no debe parecerse al del día siguiente. Una frente más ó ménos grande, una cara más ó ménos redonda, exigen procedimientos distintos. Las damas se peinan hoy á la *chinesca*, á *todos los vientos*, á la *gondola*, á la *Tisbe*; pero el gran arte no consiste precisamente en ir peinada á la moda, sino en ser la más bella.»

Los *peinadores*, agradecidos, regalaron á su abogado un escarminador de oro con una inscripcion conmemorativa.

X. X.

Paris, 1.º de Noviembre de 1882.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.697.

(Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la 1.ª, 2.ª y 3.ª edicion.)

*Traje de soirée.* Corpiño y túnica de crespon de la China, color de rosa con flores Pompadour, guarnecidos de encaje blanco. El corpiño, cruzado, va adornado de un fichú de muselina de seda y encaje. Mangas lisas por arriba y fruncidas por abajo. Faja de crespon de la China, color de rosa subido. Falda de crespon liso, color de rosa, con tres fruncidos. Un rizado de encaje blanco y un tableado doble de seda completan los adornos de la falda. Ramo de flores en el corpiño.

*Traje negro* de felpa y encaje. Falda compuesta de volantes de encaje negro, con un tableado de felpa en el borde inferior y unos entrepaños de felpa en los costados. Estos entrepaños van adornados de aplicaciones de cuentas de azabache y lacitos de cinta. *Paniers* y *pouf* de felpa. Corpiño de felpa, abrochado á un lado, con aldetas cortas y en puntas, y adornado como los entrepaños. Mangas semilargas con adornos iguales.

¿QUÉ ES ANEMIA? ¿CÓMO COMBATIRLA?

La anemia es un estado morboso caracterizado por la insuficiencia de la sangre, sea con respecto de su cantidad, sea con respecto de su calidad.

Dicha palabra se usa en medicina para designar todos los estados de empobrecimiento de la sangre.

El medicamento por excelencia contra los primeros síntomas de la anemia es el hierro; su uso se remonta á la más remota antigüedad; es el principio esencial, indispensable, que nada puede reemplazar. En primer término, entre los ferruginosos, debemos colocar al Hierro Bravais; posee todas las ventajas de sus similares, sin los inconvenientes de éstos. De gran potencia, de rápido efecto por su completa absorcion, y seguro como reconstituyente, no produce diarreas, ni evacuaciones, ni desarreglo alguno del estómago. M. Bravais no garantiza la buena preparacion, ni por consiguiente la eficacia, más que de los frascos cuya etiqueta lleva su firma impresa con tinta roja.

HIGIENE DEL CÚTIS: BELLEZA DE LA TEZ.

Para proteger la epidérmis contra las influencias perniciosas de la atmósfera, para devolver ó conservar al rostro **frescura, juventud**, aterciopelado, basta con adoptar para la *toilette* diaria la **Crema Simon** á la glicerina. La accion efectiva y bienhechora de este poderoso cold-cream es tan evidente, que nadie lo ha ensayado sin reconocer su eficacia contra toda clase de afecciones ocasionadas al cútis por causa del frio ó del aire demasiado vivo.

Este producto se encuentra en todas las buenas perfumerías y farmacias de España, y en el depósito general, **Simon**, 36, rue de Provence, Paris.

**REJUVENECERSE!** Este sueño maravilloso se ha realizado, gracias á la PASTA EPILATORIA DUSSER, que destruyendo todos los vellos que afean el rostro, le devuelve toda la frescura de la juventud. Para los brazos emplear el PILIVORE.—(1, rue Jean-Jacques Rousseau, Paris.)

MADAME LACHAPELLE, profesora en obstetricia, recibe todos los dias, de tres á cinco, en la calle de Mont-Thabor, 27, Paris, á las señoras enfermas, estériles ó encinta, que deseen consultarla.

PARIS. Corsets pour les modes actuelles.—M<sup>me</sup> de Vestus sœurs, 12, rue Auber.—Cette célèbre maison est patronnée par l'élite des dames de l'Europe.

Exposicion Universal de 1878: Medalla de Oro, Cruz de la Legion de Honor. EL AGUA DIVINA de E. COUDRAY, perfumista en Paris, 13, rue d'Enghien, es el producto por excelencia para conservar la juventud. Tambien es el mejor preservativo de la peste y del cólera morbo. (Véase el anuncio en la cubierta.)

SALTO DE CABALLO PRESENTADO POR LA SRTA. D.ª M. N. M.

que	nó-	tie-	de	to,	no		
mo-	nen	pi-	con	to-	con-	el	men-
pa-	des-	com-	ble	la-	es-	das	ár-
se	pa-	J.	ra	bol	jas	bras	di-
Zor-	mi-	in-	ra-	la-	con-	las	que
ca-	e-	ri-	(De	ho-	se	pa-	te-
lla.	lla	so	En	so,	mis-	llo-	van;
no	A-	mas	el	ran-	con	rio-	je
que	vul-	ba-	fan-	va-	gua-	do	que
pre-	a-	el	go	jm-	sus	ses	len-
ru-	ho-	com-	su	pa-	nos,	plo-	mas
sin	der	mor	des-	que	sí;	com-	pos
pe-	le	ja	del	las	en	jas	ra
ai-	no-	so	que	ar-	sion	la	de
al	re	so	vien-	pa-	de	tra	ho-
to,	pa-	y	ras-	del	com-		

PRINCIPIA EN LA CASILLA NÚM. 1 Y TERMINA EN LA 124.

Impreso sobre máquinas de la casa P. ALAUZET, de Paris, con tintas de la fabrica Lorilleux y C.ª (16, rue Suger, Paris).



Paris, Aug. 1849. Godchaux & Co. Imp. Systeme Sij. N. 1. 9. 0. 9.

Nº 1697

# LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Carretas, 12.

MADRID

Perfumeria de Nijo, Guerlain, 15, r. de la Paix, Paris.

Faja Regente B<sup>te</sup> y Corso, Ana de Austria de M<sup>tes</sup> de Verlus, 12, r. Auber, Paris.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA TABANA